

SEGUNDO DOMINGO DE NOVIEMBRE DE 1934

HOJA DOMINICAL

NUM.
960

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS
DE COSTA RICA

AÑO
XX

SANTORAL

Dom. 11	25.º Después de Pentecostés. Stos. Valentín, Feliciano y Victorino mártires.	Miérc. 14	Santos Basilio, Hipacio y Jocundo obs. y Veneranda vg.
Lun. 12	San Martín papa, Rufo obispo, Nilo abad y Diego confesor.	Juev. 15	Santa Gertrudis vg., Segundo, Fidenciano y Varico mártires.
Mart. 15	San Estanislao de Koska, Eugenio, Bricio y Quinciano mrs. Cuarto creciente a las 20 h. 39 m.	Viern. 16	San Edmundo y Fidencio obs., Marcelo, Eustaquio y Elpidio mártires.
		Sáb. 17	S. Gregorio, Dionisio y Aniano obispos y Eugenio confesor.

Domingo XXV después de Pentecostés

Evangelio según San Mateo.—(Cap. XIII).

En aquel tiempo propuso Jesús a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena simiente en su campo. Pero al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué. Estando ya el trigo en hierba y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la cizaña. Entonces los criados del padre de familias acudieron a él, y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo?, pues ¿cómo tiene cizaña? Repondióles: algún enemigo mío la habrá sembrado. Replicaron los criados: ¿quieres que vayamos a cogerla? A lo que respondió: no, porque no suceda que, arrancando la cizaña, juntamente arranquéis con ella el trigo. Dejad crecer uno y otro hasta la siega; que al tiempo de la siega yo diré a los segadores: coged primero la cizana y haced gavillas de ella para el fuego, y meted después el trigo en mi granero.

EXPLICACION LITERAL

En toda parábola hay dos elementos principales: la imagen parabólica, esto es, la imagen sensible, que, desarrollada en forma dramática, sirve como punto de comparación para declarar una verdad de orden superior, y esta misma verdad, de orden espiritual y moral, que toma cuerpo y vida en la imagen parabólica. El

Evangelio de la presente Dominica contiene el primer elemento, la imagen, solamente de la parábola de la cizaña. Hay que completar la imagen declarando la idea por ella significada; declaración que, en este caso, no puede ser más auténtica, pues el mismo divino Maestro se dignó explicar por menudo la significación de

la parábola en general y de cada uno de sus elementos principales. Mas antes, para mejor inteligencia de la idea, será bien analizar brevemente la imagen misma parabólica y determinar su desenvolvimiento dramático.

LA IMAGEN.—Tres fases o estadios comprende la imagen parabólica: la siembra, la aparición de la mala semilla y la separación final.

En la siembra hay dos partes: la del trigo y la de la cizaña. Un hombre sembró en su campo buena semilla de trigo. Pero este hombre tenía un enemigo, que vino de noche y sembró cizaña sobre el trigo.

En el segundo estadio, en que aparece la mala semilla entre la buena, se contienen dos cosas: el origen de la mala semilla y lo que por ahora hay que hacer con ella. Sobre el origen preguntan los criados al amo: «Señor, ¿acaso no sembraste en tu campo buena semilla? Pues ¿de dónde ha brotado la cizaña?» Y el amo les explica el misterio de aquella cizaña: «Un hombre, enemigo mío, lo ha hecho». Los criados proponen al amo un remedio peli-

EL ANONIMO

Nada hay más odioso en el mundo que el anónimo; un papelucho miserable, en que se han trazado unos caracteres inspirados por el temor, la envidia, la soberbia o el desprecio; y sin firma alguna, porque quien los produce quiere, y con razón, permanecer en la sombra de su crimen, como el vampiro huye de la luz del día, que representa la verdad.

Felizmente, que el anónimo no produce efecto alguno en el hombre pensador a quien va dirigido, para causar un daño a otro; pero, en cambio, ¿cuántos dolores no produce en el alma de quien es víctima de ese dardo, que un cobarde lanza desde su trinchera misteriosa? ¿Cuántas veces no hemos presenciado las angustias y congojas de una pobre mujer, amenazada, si no arranca de su corazón el amor que le ha ocupado por entero? ¿Cuántas veces el empleado fiel, el sacerdote santo, el médico caritativo o el abogado digno, no han padecido cruel dolor, que reconoce por causa la envidia, la envidia que despiertan todos aquellos

groso: «¿Quieres, pues, que vayamos y la recojamos?» El prudente amo responde: «No tal, no sea que al recoger la cizaña, arranquéis juntamente con ella el trigo». Y así era verdad; pues es sumamente peligrosa esta operación, cuando ya las plantas están crecidas y han entrelazado sus raíces. Por eso añadió: «Dejad crecer juntamente uno y otro hasta el tiempo de la siega».

A la siega será definitivamente la separación del trigo y de la cizaña: Por esto termina el amo: «Al tiempo de la siega diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, mas el trigo recogedlo en mis graneros».

Aunque este cuadro es una ficción poética, tiene sin embargo, tantos y tales rasgos de realidad y de verdad, tanta animación y movimiento, tanto color local y de la época, que más que una imagen ordenada a expresar una verdad superior, parece una copia exacta de la realidad histórica. Sin embargo, esta fotografía de la vida real es una imagen expresiva de lo que pasa en el «reino de los cielos».

que se distinguen por su virtud o sabiduría, o aquellos otros dolores, aún más crueles, que causa esa espada de dos filos que llamamos ingratitud y que ha desgarrado sus corazones con la herida profunda del anónimo?

Sucede siempre, que todos aquellos que en el laboratorio secreto de sus vicios y maldades, se dan a la tarea de confeccionar anónimos, en la creencia de que estos mensajes vergonzosos producirán el efecto por ellos apetecido, acaban siempre por ser descubiertos y despreciados; y entonces les vemos por las calles, con la vista al suelo, porque la vergüenza les agobia; miserables, porque la mano de Dios los castiga en este mundo y a presencia de todos; y caminan hacia el sepulcro, en el cual tan sólo podrán ocultar mas no borrar, el recuerdo de los males que causaron; en cambio, sus víctimas aparecerán, como el cóndor en la cima de la montaña, bañadas por los purísimos rayos del sol de la verdad. F. A. OLIVARES C.

SILUETAS SEMANALES

EL CATOLICISMO SALVADOR

I

Las multitudes se precipitan alocadas por el despeñadero de toda iniquidad por falta de ideales sobrenaturales.

Estos sostienen al hombre, lo levantan cuando ha tropezado o caído y no paran hasta encumbrarlo hacia el trono de la más elevada perfección.

Cuando el hombre se encuentra faltado de ellos, es como nave sin timón siempre a merced de las olas tempestuosas que la precipitan contra el escollo.

En el estado actual del hombre caído, sin cuyo misterio fundamental no pueden explicarse satisfactoriamente los problemas todos de la humanidad doliente, necesita de los sublimes ideales del Cristianismo, en primer lugar como freno para sus pasiones y después para dirigirse y orientarse en su existencia y finalidad.

Esto hace el Catolicismo salvador y no es otra su misión.

«El rey del universo» que es el hombre, según frase célebre de un apolo-gista, la criatura más noble, digna y excelente de cuantas pueblan la creación, él que con su inteligencia escudriña los mundos y espacios sidereos, domina y encauza las fuerzas ocultas al arbitrio de su voluntad; él, que informando su espíritu inmortal la materia que temporalmente lo tiene aprisionado, no tendrá ideales que lo eleven de todo cuanto le rodea? Negarlo sería atentar a las nobles aspiraciones que siente todo el género humano.

Por esto siente una inclinación natural a acercarse a Dios y conocerle, como todo ser, dice Santo Tomás, se acerca y busca el apoyo del principio que lo ha informado, pues así obtiene su perfección.

Por esto se ha definido también con mucho acierto, que «El hombre es un animal religioso»; lo que quiere decir que siente la necesidad de la fe cristiana, que se junta y abraza espontáneamente con ella, para auyentar la duda que atormenta su razón en el magno problema de su porvenir y de un mundo o existencia ultraterrena.

Por esto el hombre creyente se siente del todo feliz en el seno del Catolicis-

mo y compadece a los extraviados que se agitan y bracean en el campo de la lucha filosófica y teológica, enredados como la mosca dentro la telaraña de toda herejía o desvarío de la incredulidad, cuando él desde la piedra firme de la aceptación del misterio religioso contempla con luz meridiana la Verdad que le orienta y dirige.

He ahí el por qué «ama a Dios de todo su corazón, con toda su alma, con todas sus potencias y con sus cinco sentidos» y consecuencia lógica de este principio religioso, «ama también a su prójimo como a sí mismo» por ser la imagen de Dios, que es el Padre de todos.

Toda la ley no se fundamenta en otro axioma que éste del amor a todos; universal, sin distinción de razas, ni de latitudes, ni de tiempos, ni de lugares.

«Mirad cómo se aman» decían admirados los paganos, refiriéndose a los primeros cristianos, al ver y contemplar la caridad evangélica que mutuamente ejercían, como se auxiliaban y socorrían en sus variadas y múltiples necesidades.

Oh!, si el mundo moderno viviese de ese principio generador de toda virtud, cómo se cambiaría su faz y se trocaría su egoísmo enervador y destructor que viene precipitándole a su ruina!

Traigamos aquí, como colación, aquella anécdota de la historia franciscana toda repleta de este amor a Dios y al prójimo: «Un fraile joven, triste y muy pensativo por motivos de perfección, fué amonestado con amor paternal por el seráfico Patriarca San Francisco. «Te crees estar en gracia de Dios? Es el bien máximo de la vida, y conviene estar alegre, si no por otro motivo a lo menos por agradecimiento al Divino dador de todo bien. Temes, o crees haberla perdido por el pecado? Confíesate y vuelve inmediatamente al servicio de Dios, con la alegría de los hijos de su gracia».

Esta es y no otra la filosofía del amor. A ella debemos acogernos para espiritualizar y enoblecir nuestra miserable vida.

FR. CEFERINO DE GRANOLLERS

Del fin sublime de la educación

Una advertencia importantísima ante todo. Suelen muchos confundir hoy la educación con la instrucción y, sin embargo, existe entre los dos términos una gravísima diferencia.

La instrucción tiene por objeto enriquecer el entendimiento con los conocimientos de las ciencias humanas o divinas; su fin principal exclusivo es formar sabios.

La educación, por el contrario, se dirige a la voluntad y tiende por todos los medios lícitos y honestos a formar en el hombre la virtud: el amor de Dios y el amor de sus semejantes; que en esto se cifra la felicidad del corazón humano, de la sociedad, de la familia, y en esto también se encierra toda la sabiduría de los planes de la divina Providencia.

No anda por ahora tan descuidada la instrucción humana, pues por doquier se levantan escuelas, institutos y universidades, y se multiplican los maestros y doctores y aparecen cada día nuevos métodos de enseñanza.

En lo que nada o casi nada se piensa es en educar verdaderamente a esos niños que llenan las clases o corren alegres y descuidados por calles y jardines. Los mismos padres ignoran la sublimidad de su misión educadora. Que los hijos sean sabios, ¿qué importa lo demás? Pero ¿de qué valen los sabios calaveras?, ¿para qué queremos sabios libertinos?, ¿qué falta nos hacen los sabios impíos?... Sabios hoy..., ¡reprobos mañana!, ¡qué fin tan triste el de la instrucción sin la educación cristiana!

Padres de familia, educad a vuestros hijos: he ahí vuestra misión *sublime*. Ampliemos más estos pensamientos.

¿Qué es educar?

Responde Mons. Dupanloup, maestro en esta materia competentísimo: «Educar es cultivar, desenvolver, ejercitar, pulir y fortalecer todas las facultades físicas, intelectuales, morales y religiosas que constituyen en el niño la naturaleza y dignidad humanas; dar a esas facultades su perfecta integridad; comunicarles la plenitud de su poder y de su acción; formar por este medio al hombre y prepararle para servir a su patria. Conforme a un pensamiento más alto, educar es asegurar la consecución de la vida eterna elevando la presente».

Responde el célebre Mauricio Marocco: «Emancipar al hombre de la servidumbre del mal, hacerle útil a sus semejantes y querido de Dios, centro de toda felicidad, tal es el fin de la educación».

Responde el profundo P. Didon: «Educar es contrarrestar las tres clases de debilidad que padece el hombre, a saber, la ignorancia, que es la debilidad de la razón; los malos instintos, que son la debilidad de la voluntad; la carencia de todo, que es la debilidad del cuerpo».

Responde el elocuente P. Víctor Van Trich: «Educar a un niño es formarle conforme al deber; es enseñarle a vencer las pasiones y la voluntad propia; es arrancar una a una del fondo de su corazón todas las raíces inmundas que nuestra decaída naturaleza y las tradiciones acumuladas por la sangre hacen brotar en él fuertes y avasalladoras; es sembrar en su alma el precioso grano de la virtud, grano tan fino y tan raro, es el único que hace a los hombres grandes y dignos... En el fondo del corazón del niño hay que plantar la virtud; su voluntad hay que sujetarla al deber; poniéndola bajo el yugo de la justicia y la disciplina. Esta es la obra de todos los días, de todos los instantes: es la obra maestra, la obra única».

Responde Montfat en su excelente obra *Principios de la Educación*: «La educación cristiana extiende su influjo a toda el alma del niño. Enriquecer la memoria, adornar y excitar la imaginación, rectificar la sensibilidad, disciplinar todas las facultades bajo la regla de la razón: mantener el alma en aquel estado tan admirablemente descrito por S. Agustín, cuando libre de toda mancha y corrupción, conserva el señorío de sí misma, ¡qué misión tan hermosa la de la educación!»

Responde San Juan Crisóstomo: «No hay cosa más noble y grande que el gobernar el espíritu de los adolescentes y formarlos para la ciencia de la vida».

Y el Apóstol San Pablo, o mejor dicho, el Espíritu Santo por su boca, dice que «la educación cristiana es como una nueva generación o creación del hombre, de la cual debe salir enteramente conforme con el divino modelo que es Cristo».

El ideal de la educación es, por tanto, imitar a Dios, acercándosele, unirse a Él mediante el ejercicio de las virtudes

y la posesión de la verdad, mantener viva e inalterable en el alma su divina imagen. Para esto es preciso ahogar los afectos desordenados, apartar la vista de las bajas regiones de la mirada terrestre y elevarla al cielo, que es la morada de la dicha eterna; dedicarse, en fin, constantemente, a la práctica de las buenas obras.

La educación aspira nada menos a poner en práctica, en la medida de la capacidad humana, el precepto de Jesucristo que nos manda *ser perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto*. ¿Puede haber y aún imaginarse más alto y sublime ideal?

R. P. SARABIA.

Fabulilla y Moraleja

Como descendiese en cierta coyuntura monte abajo un impetuoso torrente, alborotando como los iracundos y afanoso de llamar la atención de los circunstantes como todos los vanidosos, tropezó al azar con un hilillo de agua que caminaba mansa y silenciosamente por uno de los escalones de la montaña y entablóse entre ambos el siguiente diálogo:

—¿A dónde vas?, dijo el soberbio torrente al mezquino arroyuelo.

—Un hombre que necesita de mi ayuda me ha encauzado por aquí.

—¿Y para qué puedes tú servirle?

—Dice que se propone cavar una piedra.

—¿Y vas a conseguirlo tú?

—No lo sé, pero asegura él que sí.

—Ese hombre es un loco.

—Eso mismo pensé yo.

—Y ¿dónde está la piedra?

—Es esa que ahí en el fondo se ve.

—¡Oh!, descuida. Para cuando tú llegues allí, la habré hecho pedazos yo.

Y despidiéndose a la francesa, lanzóse cuesta abajo con paso atronador, seguro en su petulancia de reducir a polvo el peñasco, cuando con su habitual ímpetu se arrojase sobre él.

A los pocos minutos, estremeciéndose el arroyuelo al eco de una imponente detonación, agazapóse al amparo de un chaparro, miró meticulosamente a través de las yerbecillas en todas direcciones, divisó infinitos surtidores de agua que se alzaban de un mismo punto, creyó cumplida la predicción del torrente y tuvo lástima de los alocados planes del hombre soñador.

A la vuelta del primer recodo encontróse de manos a boca con él.

—No me necesitarás ya, exclamó modestamente el hilillo de agua.

—¡Cómo no! Sin ti, nada podría yo en piedra tan dura conseguir.

—Pero ¿no acaba de reducirla a chinarras ese gigante que hace un momento descendió por aquí?

—Nada de eso. Apenas chocó contra la roca, fué él quien se estrelló, des-

haciéndose en cabellera de espuma.

—¡Y voy a poder yo lo que no pudo él!, dijo sonriéndose el sencillo arroyo.

—Lo que él no pudo, tú lo podrás, replicó el hombre tenaz.

Avanzó el agua sosegadamente en el camino trazado a buen recaudo, llegó al fin a un pequeño depósito, del cual sólo se le permitió salir gota a gota para caer sobre la roca cuyo horado se proponían y al cabo de algún tiempo quedó terminada la labor.

La gota repetidas veces desprendida había conseguido cavar la piedra.

**

Esa misma es la potencia de la doctrina derramada en las columnas de la prensa diaria. Repátese comunmente a pequeñas dosis; creen los incautos ser inofensiva tan mezquina cantidad y se encuentran un día con la inteligencia horadada y el corazón atravesado, efecto de ese goteo incesante, cotidiano, hartado más eficaz que el impetuoso torrente de la oratoria, el cual se estrella frecuentemente contra las aviesas disposiciones de los oyentes frívolos y aun contra la profana curiosidad de los devotos de ocasión.

El torrente impetuoso es la elocuencia del orador.

El hilillo de agua es la modesta labor del periodista.

La elocuencia se estrella contra la dureza del corazón.

El periódico se abre paso en el más recalcitrante lector.

Más que el torrente pudo la gota. Puede el periodista más que el orador.

Muy superior al ímpetu fué siempre la tenacidad.

No hay quien resista el empuje de la gota.

No hay quien no salga vencido si se pusiere al alcance del goteo periodístico.

La gota cava la piedra.

La prensa cava la mente y el corazón.

Z.

PARA LOS NIÑOS Y NIÑAS

RESPECTO

Muy bueno es respetar a los superiores; pero muy santo respetar a los inferiores. El amor de nosotros mismos nos induce a lo primero; el amor de Dios nos aconseja lo segundo. Templando nuestro nativo egoísmo en las aguas de la caridad cristiana, seremos respetuosos con todos, con lo cual obtendremos a nuestra vez el respeto que nos es debido.

Quien maltrata o desprecia a los inferiores, creedme, hijos míos, si por ventura respeta a los superiores, no lo hace por noble amor, sino por vil miedo o por ruin egoísmo.—FE.

Célebre fué en la antigüedad la sabia inscripción que ostentaba en su frontispicio el templo de Delfos: «Conócete a ti mismo». De todos los estudios que podamos hacer, de todos los conocimientos que logremos adquirir, ninguno tan digno del hombre, ninguno tan esencial ni tan provechoso, como el estudio y el conocimiento de nosotros mismos.

2) Tratemos ante todo de formarnos un concepto exacto de nuestra personalidad. Refiere el Génesis que el alma humana fué creada a imagen de Dios; esto sólo basta para que nos demos cuenta de nuestra alta dignidad, para que honremos esa imagen con el mayor respeto sin desviarnos de la noble aspiración a lo bello, bueno y verdadero; puesto que la belleza, la verdad y el bien son como la esencia del Creador que nos modeló a su semejanza. No degrademos nuestra naturaleza deformando la efigie espiritual, reveladora de nuestra preclara estirpe.

3) Dice la filosofía que el hombre, a fuer de racional, es el único entre todos los seres del planeta que mueve su voluntad de acuerdo con la conciencia iluminada por la antorcha de la razón.

4) La excelcitud de nuestro origen según la religión, la altura de nuestro espíritu según la filosofía, nos dan a conocer la dignidad humana, revelándonos el profundo respeto que hemos de guardarnos a nosotros mismos, ya consideremos al hombre imagen de la divinidad, ya le conceptuemos ornado con la diadema de rey de la Creación.

5) Ese respeto a nosotros mismos es el fundamento del amor propio, sentimiento nobilísimo mientras es razonable y modesto, pero nocivo cuando está

movido por el egoísmo y la pasión. Bien dijo el poeta:

Es del alma el amor propio
mal entendido un veneno,
bien que, tomado cual opio
con discreción, es muy bueno.

6) Bueno será el amor propio que respetando la constitución de nuestro ser procede siempre con arreglo a razón y conciencia, subordinando la pasión a la voluntad; bueno será el amor propio que respetando la noble imagen de su propio espíritu se inspire en los ideales de virtud, de justicia y de caridad; bueno será el amor propio que nos mueva a honrar el apellido de nuestros padres y el nombre de nuestra patria, que nos excite a progresar en la virtud, en la ciencia, en el estudio o profesión a que nos dedicamos; bueno el amor propio que nos obligue a perseverar sin desmayo en el plan racional que nos habíamos trazado, a cumplir lealmente la palabra empeñada. Pero será detestable el amor propio irracional que antepone la pasión a la voluntad, el capricho a la razón, el gusto a la conciencia; será ruin el amor propio egoísta que sacrifica la virtud y la justicia en aras del pasajero antojo o de la particular conveniencia, que sin consideración a padres, a patria y al cumplimiento del deber no piensa sino en abandonarse al deseo del momento, desertando de la obligación y faltando con mengua del honor al compromiso contraído.

7) Del respeto primordial que el hombre debe profesarse a sí mismo, obrando en todo momento como racional consciente y como imagen del Sumo Hacedor, se derivan otros respetos como el filial, el patrio, el humano, porque es evidente que si en mí mismo he de respetar, dignificándola, mi naturaleza racional consciente, brillantada con resplandores celestiales, justo es también que respete a los demás hombres, cualesquiera que sean su condición y su nacionalidad, pues todos ostentan idéntico título por su esencia y origen; justo es que respete, correspondiendo con amor a su amor, a mis padres y hermanos, a la pequeña familia doméstica cuya ventura es mi ventura, y a la gran familia patria cuya

cultura, prosperidad e independencia son el fundamento de mi cultura, independencia y prosperidad.

8) El respeto a los demás hombres está prescrito en el precepto evangélico: «Ama al prójimo como a ti mismo». Podrá ser difícil a la humana naturaleza conceder a todos idéntico grado de amor, ya que no cabe identificar el amor a padres y hermanos, profundísimo como ceñido a los pocos seres predilectos de nuestro corazón, con el amor a los conciudadanos y a los hombres en general, que naturalmente ha de ser menos intenso cuanto sea más extenso; pero nada más lógico y más humano que otorgar nuestro amor en forma de estimación y de respeto a nuestro prójimo, que es hermano por identidad de creación, de naturaleza, de afectos y de necesidades.

Claro que sentiremos mayor inclinación hacia nuestros prójimos más próximos, que son parientes, vecinos o compatriotas; que nos atraerán con más viva simpatía los que coincidan con nuestros sentimientos, aspiraciones y gustos; que nos uniremos más estrechamente con los que persiguen nuestros mismos ideales de profesión, de patriotismo, de creencias políticas o religiosas; pero debemos siempre consideración y respeto a todos los hombres, aunque de diversa patria, de distintas aspiraciones y creencias.

9) En conformidad con los refranes «piensa el fraile que todos son de su aire», «cree el ladrón que todos son de su condición», sucede que cuanto mayor mérito tiene un hombre más propensión siente a honrar con su consideración y respeto el mérito de los demás, mientras que el individuo degradado por sus defectos es el menos respetuoso con el prójimo a quien toma por tan despreciable como lo es él mismo. De suerte que puede asegurarse que quien a los otros trata con consideración y respeto es digno del respeto y consideración de los demás hombres.

10) Para merecer la simpatía y la estimación ajenas nada mejor que demostrar benevolencia y cortesía en nuestras palabras, acciones y modales; pues hasta la ciencia se hace antipática si va del brazo con la soberbia; y la virtud misma, a pesar de su hermosura, carecerá de atractivo si se nos presenta con hosco semblante y formas groseras.

Si queremos obtener el aprecio y las atenciones de nuestros semejantes, ora

en el seno de la familia, ora en las relaciones sociales, fuerza es que sepamos apreciar a las personas con quienes tratemos y guardarles las atenciones debidas. Con este proceder nos haremos agradables a sus ojos predisponiéndolas en nuestro favor y haciéndoles formar buen concepto de nuestra valía; bien al revés de lo que ocurre con los descorteses que lastimando con groserías el amor propio ajeno se rebajan a la vista del mundo haciéndose despreciables y antipáticos.

11) El mayor talento del hombre y el más conducente a su felicidad consiste en saber vivir bien con aquellos con quienes convive; mientras con su carácter afable y benévolo conquista su cariño, les induce a que le traten con afabilidad y benevolencia, haciéndole agradable la vida. Por el contrario, la mayor insensatez del individuo y que más eficazmente contribuye a su desventura, es el indisponerse por su incorrección y malos modales con las personas a quienes le ligan vínculos familiares o sociales; pues al desdén, al menosprecio, a la desatención de su trato, lógicamente corresponderán los demás con desvío y separación, condenándole al aislamiento, a la impotencia y a la infelicidad.

12) La cortesía de nuestras palabras y modales conquista los corazones, no sólo porque capta las simpatías de cuantos nos tratan, sino porque revela la delicadeza de nuestros sentimientos, la benevolencia de nuestra alma y es la manifestación externa de nuestro carácter. Mas no se confunda la cortesía sincera, hija de sentimientos nobles, que se ejercita con todos, altos y bajos, ricos y pobres, doctos e indoctos, como originaria del raudal de bondad que brota de un corazón sano, con la cortesía fingida, hija del egoísmo, que el ruin usa exclusivamente con aquellos de quienes espera mercedes, reservando el desprecio y la grosería para otros a quienes no teme y de los cuales nada espera. Todo lo que aquélla tiene de magnánima y atractiva, tiene la segunda de servil y displicente: mal concepto merece quien, siendo benévolo y amable con los que juzga superiores, trata con acritud y descortesía al que repufa inferior: ése se inspira simplemente en el egoísmo; pero no se acuerda del amor a Dios y al prójimo; podrá sentirse animal; mas no se siente racional, no es un hombre.

SONETOS MISTICOS

Herido de una bala, y más herido
De la espada aguda, el alma pasa,
Olvidado del lustre de tu casa,
Huyes, Ignacio, del mundanal ruido.

Al mérito renuncias adquirido,
Desnudo ya del yelmo y la coraza,
Y Manresa te ve lanzar sin tasa
Con amargo dolor triste gemido.

El soldado que huye, llora y grita
Por una sola herida, no es valiente;
Mas no es ese dolor el que te agita;

Otra herida interior tu pecho siente,
Que del laurel que nunca se marchita
Ceñirá un día tu gloriosa frente.

TOMAS J. GONZALEZ C.

Asombro de la gracia peregrina,
Penitente varón cuya entereza
Pudo envidiar la rígida aspereza
De la Tebaida, Nitria y Palestina.

Goza en eterna paz de la divina
Corona, merecida a tu pureza,
Hollando con tu planta la cabeza
De la bestia feroz de nuestra ruina.

Y tú, patria feliz, que de tal modo
Pudiste dar al mundo con espanto
Del romano, africano, griego y godo,

El blasón y la gloria de héroe tanto.
¿Qué gloria no será del país todo
Haber dado a la gloria tanto Santo?

F. GREGORIO DE SALAS

CASTIGO DE DIOS

Chang Sang—un agricultor de la Provincia de Kiangsú—mientras trataba de enterrar a su madre viva, un rayo en seco lo mató, rodando su cuerpo a la sepultura que había hecho para su madre. Este fenómeno elocuente ha conmovido a los habitantes de la aldea de Kaoyú, quienes piensan levantar al Dios de los Rayos un templo en la tumba».

Las iniquidades del hombre, si quedan impunes ante la justicia humana, no se quedan ante la justicia del Omnipotente.

Un cerebro dió el Creador a la humanidad para que aquilatara sus ideas y sentimientos; sin embargo, ella sigue en su sopor de ignorancia para vivir encenegada en el vicio y el crimen, y—lo que es peor—para dejar impunes a los delincuentes.

«No matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio», etc., ordena el «Decálogo» y ¡ay del transgresor!, porque el «Pentateuco» no considera privilegios y castiga de una manera severa.

Si el hombre, pues, regulara sus actos a los mandamientos del Sinaí, no se contemplarían monstruosidades como esa de que nos habla el inalámbrico de Shanghai, ni se presenciara a la «justicia humana muda y sorda ante las violaciones de la moral privada y pública».

¿Enterrar a su madre viva? ¡Qué hijo tan infame! ¿No sabía el desgraciado que su vida se la debía a aquella mujer que quería enterrar viva?

No hay duda que ese campesino tenía corazón de almirez, pues no sentía arder

ni la llama de la gratitud, la cual hace que el hombre venere a su madre, principalmente al pensar que a ella no le costó nada cortar el hilo de la existencia y, no obstante, con abnegación lo llevó en su seno, lo amamantó, lo durmió en su regazo, lo cuidó en su infancia, lo educó, lo condujo de la mano por todas partes y lo aconsejó para que fuera un perfecto caballero en todos los actos de su vida.

¡La madre! Le debemos tanto, que quisiéramos conservarla a nuestro lado durante nuestra existencia. Sí, porque también es el único sér que nos prueba día a día la pureza de su amor maternal.

Y siendo así ¿cómo es posible, Señor, que haya hijos renegados?

La corrupción del mundo es la causa de estos casos tremendos; pero si la «justicia humana» es pasiva ante ellos, la «Justicia de Dios» es activa, y por eso un rayo mató al hijo maldito para salvar a la pobre madre indefensa.

El ejemplo de «Kaoyú» es digno de que se tome en cuenta, especialmente por los incrédulos y por aquellos que dejan burlada la justicia humana.

Para el «Supremo Hacedor» no hay influencia ni privilegio que valga, y su justicia—que es perfecta—sabe castigar a tiempo a todos los que yerran. (Ajeno)

Imprenta EL HERALDO, Cartago.